

El subsuelo de Dostoievski en español

Jorge Mario Mejía Toro

*Siempre me parece que cuando entro en algún sitio soy
el más miserable de todos
y que todos me toman por un bufón:
haré, pues, el bufón, porque todos vosotros, hasta el
último,
sois más estúpidos y miserables que yo.*

Dostoievski. *Los hermanos Karamázov*

Quería leer una vez más, para esta conmemoración irrepetible, la obra de Dostoievski titulada *Apuntes del subsuelo* o *Memorias del subsuelo*. Hace pocos años abandoné en la primera parte la relectura que había iniciado con el ánimo de regocijarme en el espectáculo de un semejante que al hacer el ridículo lo salva a uno de caer en él. No recuerdo con certeza la causa del abandono de la lectura, tal vez en ese momento necesitaba conjurar con la ficción otros ridículos de realidad más inmediata. O tal vez no me hallaba a gusto desde el momento en que leí, por enésima vez, aquella cantinella de *Soy un enfermo, soy malo, soy odioso...*

En esta nueva oportunidad que el destino me deparaba con la generosidad que suele caracterizarlo, resolví empezar, entonces, por la segunda parte, “A propósito de la nieve derretida” o “A propósito de nieve derretida” o “Sobre el aguanieve”. La lectura se me hizo muy difícil, la incomodidad mental se encarnaba en molestias en la nuca y el omoplato izquierdo, y eso que, para hacer más llevadera la situación, había elegido una traducción que no conocía. Era como reencontrarse con un amor de juventud: uno ha creído que los estragos del tiempo le estaban reservados como precio de la permanencia de ese amor en el reino del deslumbramiento, y resulta que se encuentra con una caricatura que refleja aquella en la que uno ha acabado por convertirse.

A duras penas logré llegar al final de esa narración en la que ya no me sentía en casa. Me llamaron la atención un par de frases y la descripción del sonido de un reloj, de modo que, para mayor paladeo, las leí en las traducciones que había acumulado a lo largo de los años. Para mi sorpresa, eran completamente diferentes entre sí. En relación con el reloj, una hablaba de rozar, como si al reloj le apretaran el pescuezo; otra de roncar, como si a un hombre le apretaran violentamente la garganta; otra de agonizar, como si alguien estuviera estrangulando al reloj; al rozar seguía un repique claro y dos campanadas; al roncar, un agudo y ridículo campanilleo, tan claro que daba la impresión de que alguien había avanzado de pronto; al estertor, un sonido inesperadamente compacto, como si alguien se hubiera tirado de repente encima. ¿Cuál era entonces la descripción que Dostoievski había escrito en su lengua materna y, sobre todo, en su lengua literaria? Aunque leyera dos traducciones más que desconozco (y relejera otra que está extrañada desde mi último trasteo), me quedaría sin saberlo. Me consolé pensando que ese viejo reloj no caducará con el progreso técnico de la relojería e irá siempre adelante en lo tocante a marcar la hora, sobre todo las dos de la mañana, en el alma desgraciada.

Las frases. El protagonista (y a la vez antagonista) frecuenta la avenida Nevski para imaginar cómo va a proceder cuando se decida a poner en obra su venganza contra el oficial que lo ha humillado sin siquiera reparar en él, venganza que consiste en no cederle el paso adrede, aunque para ello tenga que agarrarlo del cuello o, como dice otra versión, zarandearlo o, como dice todavía otra, aunque el oficial lo empuje. Cuando, tras varios intentos fallidos,

decide abandonar definitivamente su plan, va a Nevski solo por presenciar su renuncia. Ve venir al oficial, cierra los ojos y tropieza con él. Su honor, su “punto de honor”, está reivindicado, aunque el choque le haya dolido más a él y el oficial no haya advertido que no le cedió el paso. Está exultante, canturrea arias italianas, pero, como él mismo dice, el que haya leído la primera parte de sus memorias o apuntes, parte que termina con las razones irrefutables para no publicarla, sabe muy bien cómo se sintió tres días después (durante tres días, dice, al contrario, una de las traducciones).

El deleite de aquel par de frases (cuyas versiones, como ocurre con toda la obra, se asemejan en lo general, pero difieren en las particularidades, que son lo que hace a la literatura) tiene que ver con el problema de la venganza que el personaje trata desde el comienzo de su monólogo y que lo lleva a plantear la cuestión de la veracidad. Clasifica los secretos del ser humano en tres clases según el grado de contenido inconfesable: los que confiaríamos a los amigos, los que compartimos solo con nosotros mismos y aquellos que uno mismo se oculta. De este último caso se ocupa en la segunda parte para poner a prueba su capacidad de verdad narrando minuciosamente un encuentro de veinte años atrás con una prostituta. Porque le ha dicho, con tímida burla, que habla como un libro, se venga de ella enamorándola con prédicas literarias. ¿Románticas? ¿Del “romanticismo ruso” o del “alemán y francés”? Uno se pregunta por las lecturas de este individuo dividido (o multiplicado), pues las parrafadas que lanza a la desventurada Liza son como para vengarse de ella matándola de tedio.

¿Qué hay, pues, de inconfesable en su confesión? ¿Ha progresado tanto lo inconfesable que la confesión de subsuelo, por más que suene como aquel reloj del burdel, se ha vuelto una antigualla? ¿Venganza imaginaria contra el hombre y real contra la mujer? Imaginaria, so-

bre todo, si el hombre es un oficial alto y fortachón. Real... ¿porque hace verdadero daño? Redime a la prostituta (así sea mediante fingido sermón) para mejor prostituirla y propinarle el golpe de gracia del pago, esos cinco rublos que le ha metido en la mano y que son, dice, el colmo de lo libresco, tanto que se oculta en un rincón para no ver la reacción de ella y después, avergonzado y desesperado, sale corriendo a buscarla. ¿Desquitarse con una mujer de las humillaciones de los hombres: colegas, clientes, el oficial, los discípulos y aun el criado que algo tal vez le insinúa cuando, del otro lado del tabique, ¿entona salmos? Que ella sea el objeto no disimula el hecho de que esta venganza es tan ridícula como la que propinó al oficial.

¿O lo inconfesable es el temor de amar? ¿Que, para vivir la vida verdadera, que el personaje define como una vida no libresca, haya que perderse de amor? ¿Venganza del romanticismo? Tal vez lo inconfesable está en el sabor de la confesión y se nos escapa porque no podemos paladear la lengua de Dostoievski. La tarea de conocerla tomaría tantos años que, para cuando la hubiéramos terminado, estaríamos libres de toda clase de sospechas. Y al cabo comprobaríamos que tampoco basta saber ruso (o nacer en suelo moscovita) para comprender la literatura de Dostoievski. Pero al menos tendríamos la posibilidad de advertir que la confesión no *sabe* lo mismo al pasar de una lengua a otra.

Mientras tanto, quisiera decir una palabra sobre la actitud que parece predominar en los lectores de los apuntes. Admiran al personaje, pero lucen necesitados de diferenciarse de él. Lo analizan como personificación del resentimiento, la mala conciencia y el espíritu de venganza. Por poner un contraejemplo modesto, San Nietzsche, lejos de verlo como una confirmación anticipada de sus tesis genealógicas de la moral, se embriaga de dicha con el *arte* de Dostoievski para dar voz a semejante escarnio del “conócete a ti mismo” y por eso afirma



Francisco Londoño. De la serie *Historias cortas* (13). Acrílico/lienzo. 130 x 160 cm. 2008

que el escritor ruso es un sicólogo con el que él se entiende, el único del que ha tenido que aprender algo, uno de los mayores golpes de suerte de su vida (y eso que lo leyó en francés). Se analiza también al del subsuelo como caso de esquizofrenia y sadomasoquismo y la obra que lo crea se elogia como anticipo o aun crisálida del psicoanálisis.

Y peor que enaltecerlo como precursor de Nietzsche y de Freud (cosa de la que ellos se abstendrían) es glorificarlo como antihéroe para diferenciarse de él solapadamente y sentirse héroe de la bondad. Hay antihéroes buenos y malos. Bartleby o Gregor Samsa son antihéroes buenos y la empatía o compasión que nos inspiran nos hacen buenos; el individuo del subsuelo se presenta como un antihéroe malo, y cuando lo cuestionamos y hasta expiamos el deleite que secretamente nos procura, somos asimismo buenos. De un lado el subsuelo; del otro, nuestro escritorio o el sillón. No nos confundan con él porque exclamamos que es genial: al reconocer su potencia demoniaca, somos más angelicales que nunca.

Poner al del subsuelo en el pedestal invertido del antihéroe equivale a convertirlo en pieza del museo de cera de la cultura. Si él dice que ha reunido todos los rasgos de un antihéroe es para decir que no ha escrito una novela y que llamar de este modo a sus apuntes es ya una escapatoria.

Lo difícil, si no imposible, es pensar sin muletas los apuntes de este que se jacta de haber ido más lejos que nadie en la condición de la cojera humana, única comunidad en la que, para él, cabemos “todos nosotros”.

*

Cuando había resuelto no publicar estas páginas madrugué un día, al alba como un condenado, a enviar el archivo. Cualquier parecido con el subsuelo es pura coincidencia.

Jorge Mario Mejía Toro. Profesor jubilado de la Universidad de Antioquia, autor, entre otros libros, de un breviario de epitafios titulado *Agradece a la piedra*, publicado por la Editorial Universidad de Antioquia.